



CHRISTOPHER DOMÍNGUEZ MICHAEL
elangel@reforma.com

Diario de Alfonso Reyes

Han comenzado a aparecer los tomos que componen el *Diario de Alfonso Reyes*, una de las obras más esperadas por el público literario desde hace varias décadas. En 1969, la Universidad de Guanajuato publicó un tomo, el consagrado a 1911, el año de la muerte del General Bernardo Reyes, la cual obligó al joven escritor a exiliarse en París y en Madrid. De este *Diario*, que finalmente Alicia Reyes y José Luis Martínez pusieron en manos de un equipo de ocho editores (Adolfo Castañón, Belem Clark de Lara, Fernando Curiel Defossé, Víctor Díaz Arciniega, Alberto Enriquez Perea, Javier Garcíadiego Dantan, Alfonso Rangel Guerra y Jorge Ruedas de la Serna) se había oído hablar mucho. Decía-se que era, tan sólo, una agenda más propia del diplomático que del escritor o, por el contrario, una mina de infidencias y confesiones destinadas a cambiar para siempre la imagen de Reyes. Ni una cosa ni otra: eso creo tras haber dedicado apenas un rato a curiosear en los tres tomos que tengo (el I cubre de 1911 a 1927; el II, hasta 1930, y el III, de 1930 a 1936), los cuales van de París a México, pasando por Buenos Aires y Río de Janeiro.

Lo que he encontrado me ha puesto de muy buen humor: literatura pura y mucho trabajo diario, de aquel que enaltece al hombre público y al escritor. Es, también, una mina de oro para nuestra historia literaria hispanoamericana y, a su vez, estos *Diarios* tornarán obsoletos varios prejuicios sobre el propio Reyes y sobre la reserva privada supuesta como característica inalterable del escritor mexicano. Es probable que nadie se anime a escribir, ni con este estímulo, la biografía de Reyes.

Pero mientras todos nos preparamos para estar a la altura de lo que significan, como obligación intelectual, estos *Diarios*, adelante, como aperitivo, algunos de los párrafos que he coleccionado, no sin antes destacar la convincente edición crítica editada por el FCE con el apoyo de varias instituciones asociadas al legado alfonsino.

México, 15 de septiembre de 1911. Estábamos amenazados de muerte. Así se paga el pecado de hacerse amar un día por el pueblo. Hice inventario y memoria de asuntos pendientes, manifestación de últimas voluntades [...] La vecindad de la muerte tiene sus encantos, su bienestar. (I, 7)

París, 17 de febrero de 1926. Estoy resuelto a huir de tanta vanidad, de tanto baile, tanta recepción que traen al cuerpo diplomático hispanoamericano en París. Se ve que lo usan como miserable ornato de toda fiesta. Es espantoso. No me harán perder más tiempo. Harto he tenido ya. Tengo mucho que escribir. Y, además, quedarme en casa es ahorrar dinero, que buena falta me ha hecho. (I, 125)

Buenos Aires, 17 de octubre de 1927. Victoria Ocampo, diosa colosal, volante, en manto de pla-

ta, como un Rubens sin carnes flojas, en esta catarata de sés. (II, 37)

Buenos Aires, 30 de noviembre de 1929. Entre pereza y falta de tiempo, se me van muriendo adentro todos los temas que se me ocurren, en verso y en prosa. El otro día pensé como podía empezar mi soñada *Depuración de América* con un capítulo que sería "Examen de profecías". Todo eso de "la hora de América", y las ideas de Vasconcelos y Frank que flotan en el ambiente de nuestra época, y de la decadencia de aquello y el nacimiento de lo otro. Y si sí se puede hablar —en el estado actual de intercomunicación humana y de nivelación geográfica— de la posibilidad de una "cultura americana" futura diferente y específica, que siempre he creído absurdo. (II, 161)

Río de Janeiro, 23 de abril de 1930. Aún no saco mis libros y papeles, por lo que tardan en arreglar mis estantes. Quiere decir que no vivo sino a media respiración, y la conciencia se me llena de venenos, como siempre que interrumpo mi trabajo literario. (III, 6)

Río de Janeiro, 30 de agosto de 1931. Anoche cena en Niterói y excursión hasta el campo en busca de la macumba de negros, con Paul Morand. Día aciago: desencuentro del auto que Manuelli había de enviarme de la calle; el sombrero nuevo cae al charco; retención del *preto*, de Murilo Mendes y otro amigo, arriba, en la colina de la macumba, que pone a Morand asustado y nervioso, creyendo que los crucificaron cabeza abajo y que dejemos un cipó conmemorativo y volvamos a tomar la barca. (III, 40-41)

Río de Janeiro, 25 de septiembre de 1931. Goethe no sólo me inspira a entender ciertos ideales muy míos, sino que me da el mejor retrato de mis defectos y el cuadro de los peligros que me amenazan. Él se libró a fuerza de genio. Yo sólo puedo librarme con paciencia y con diligencia. (III, 45)

Río de Janeiro, 17 de junio de 1935. Estalla la prevista rencilla entre el general Calles y el presidente Cárdenas, en México, cuyas consecuencias no podemos prever, ni aún entender las premisas desde lejos. (III, 228)

Río de Janeiro, 18 de junio de 1935. Continuamente dudo si transformar este diario de fechas en un cuaderno de apuntes, de reflexiones, de ideas. Lo que me detiene es la falta de tiempo: no quiero contraer para mí mismo otro compromiso más. Ya no me basto para nada. Además, la manía de apuntar ideas en diario como sobre la verdadera obra. Y el sólo distinguir entre lo que debe ir al diario y lo que debe ir al libro es ya un trabajoso discernimiento, cuya sola perspectiva me cansa. Tomo muy a pecho cuanto hago —el *ostinato rigore* del Vinci— y por eso no quiero ponerme a hacer más. Aunque ¡cuánto me serviría este diario [de] desahogo, aquí! (III, 228)

De Portada Rana

Un día fui a casa de mi abuela para preguntar por el enlace, pero en vez de responder cogió un palo y me echó bruscamente. De repente, me di cuenta de que mi abuela se había convertido en una anciana parecida a las legendarias abuelitas.

Una mañana, cuando recibimos la primera nevada de ese año, el sol estaba muy colorido. Ese día fui a la escuela con los zapatos de paja y el frío me recorrió todo el cuerpo, desde las manos hasta los pies. Estábamos corriendo en el campo de deporte para entrar un poco en calor cuando, de pronto, oímos un ruido terrible en el cielo. Todos levantamos la cabeza y nos quedamos boquiabiertos al ver un objeto gigante, de color rojo oscuro, que expulsaba un humo negro. Tenía unos ojos grandes y ardientes, dos filas de dientes blancos horribles y vibraba; se precipitaba hacia nosotros. Era un avión. Madre mía, ¡un avión! ¿Acaso iba a aterrizar en el campo de nuestra escuela?

Nunca había visto un avión de cerca. Sus alas generaron una corriente de aire que levantó las hojas secas del suelo y puso de punta las plumas de las gallinas; pensé que sería fabuloso si aterrizarase en el campo de nuestro colegio, ya que así lo podríamos examinar de cerca y tocarlo con nuestras propias manos. Si teníamos suerte también podríamos entrar en su interior y encontrar algo interesante; o podríamos pedirle al piloto que nos contara alguna batalla.

Probablemente ese piloto trabajaba con mi futuro tío. Bueno, no, el J-5 de mi futuro tío era mucho mejor que esa cosa negra, por lo que era imposible que mi tío fuera compañero del piloto de ese monstruo tonto y pesado. Pero, de todas maneras, la persona que tenía la suerte de pilotar ese avión también era muy privilegiada. ¿no? Todos los que eran capaces de manejar esas cosas de hierro y hacerlas volar en el cielo eran unos héroes. No pude ver el rostro del piloto, pero muchos de



Mo Yan en su residencia de Gaomi, en China.

mis compañeros me dijeron que sí que lo vieron a través del cristal de la cabina. El avión, que en un primer momento parecía que iba a aterrizar en el campo de nuestro colegio, ascendió inesperadamente y de repente giró a la derecha, rozó la copa del álamo situado en el extremo este del pueblo y se precipitó al trigal. Enseguida oímos un ruido muy fuerte. Esta vez fue mayor y más vibrante que la explosión sónica. Sentimos temblar el suelo, un extraño sonido pitó en nuestros oídos y vimos muchas chispas. A continuación, un humo negro muy denso se elevó en el cielo, que estaba lleno de llamas de un rojo oscuro. El sol se ocultó detrás de ese humo y cobró una tonalidad morada. Segundos más tarde, percibimos un olor extraño y sofocante.

No sé cuánto tiempo tardé en recuperar la calma. Después corríamos hacia la entrada del pueblo, pero cuando llegamos al camino principal el humo nos impidió el paso. El avión se había partido en varios trozos; un ala estaba clavada en la tierra y parecía una antorcha gigante. Las llamas se estaban extendiendo con mucha rapidez por el trigal, y olía a piel chamuscada. En este momento se oyó otro ruido sonoro.

—¡Todos al suelo! —gritó el cocinero Wang, que tenía mucha experiencia en este tipo de cosas. Se tiró al suelo, empezó a reptar ha-

cia el lugar por el que habíamos venido y todos le imitamos—. Rápido, ¡debajo de las alas del avión hay bombas!

Al día siguiente, nos enteramos de que en un principio el avión tenía que llevar cuatro bombas, pero aquel día solo llevaba dos. Si hubiesen sido cuatro, sin duda alguna, hubiésemos muerto.

Tres días después del accidente todos los hombres del pueblo, mi padre entre ellos, fueron a recoger los restos del avión y el cadáver del piloto. Segundos después de que mi padre llegase a casa, entró mi hermano a toda velocidad con la respiración entrecortada. Este famoso atleta corrió sin parar, desde el Instituto número 1 del distrito, veinticinco kilómetros, que es más o menos la distancia de una media maratón. Cuando entró, solo escupió dos palabras entre dientes:

—La tía...

Mi hermano se mareó, se cayó al suelo y echó espumarajos por la boca; tenía los ojos en blanco.

Todos le rodeamos para ayudarlo. Uno le apretó el surco nasal; otro, el punto Hegu entre el dedo pulgar y el índice; otro le buscó el pulso.

—¿Qué pasa con tu tía?

—¿Qué ha pasado?

Mi hermano mayor por fin se despertó, hizo un mohín y se puso a llorar. Mi madre cogió una

calabaza y la llenó con agua refrescante del cubo del patio. Le dio un poquito para beber y le echó el resto en la cara.

—Dime, ¿qué le ha pasado a la tía?

—El piloto... el novio piloto de la tía ha huido en su avión...

A mi madre se le cayó la calabaza de la mano y se rompió en varios pedazos.

—¿Huido? ¿Dónde? —preguntó mi padre.

—¿Dónde puede haberse ido?

—Mi hermano se secó las lágrimas con la manga y dijo con odio: ¡A Taiwán! Ese traidor, ese imbécil, ¡ha volado hasta Taiwán para seguir a Chiang Kai-shek!

—¿Y tu tía? —preguntó mi madre.

—Se la han llevado a la comisaría del distrito —contestó mi hermano muy preocupado.

En este momento, los ojos de mi madre se llenaron de lágrimas. Nos recalcó que no debíamos permitir que abuela mayor se enterase.

—Aunque nosotros no digamos nada todo el distrito se ha enterado ya —dijo mi hermano.

Mi madre sacó una calabaza grande y se la dio a mi hermana: —Ve a echarle un vistazo a tu abuela mayor.

Al poco rato mi hermana corrió a toda prisa a casa de nuestra abuela menor.

—Abuela —gritó nada más entrar en el patio—, mi madre le llama con urgencia, la otra abuela, tu cuñada, se ha quedado en coma.

Cuarenta años después, las Fuerzas Aéreas reclutaron al hijo pequeño de mi hermano. Sin embargo, este mundo ha cambiado mucho y un gran número de cosas que entonces tenían un gran prestigio ahora han perdido su valor; muchas profesiones que tenían muy buena reputación ahora se han convertido en las más mediocres. Sin embargo, el reclutamiento de pilotos sigue causando una gran alegría en todas las familias y da mucha envidia a los vecinos.

Extracto de la novela *Rana*, de Mo Yan (*Kailas*), publicado con autorización del editor.

Leer o morir



GUADALUPE LOAEZA

El africano

Qué felicidad saber que hace unos días, Xalapa se convirtió en la anfitriona de uno de los escritores franceses más maravillosos de hoy. Sí, apenas la semana pasada, Jean-Marie Gustave Le Clézio (1940), el Nobel de Literatura 2008, estuvo en el País, invitado por el Hay Festival. Hay que decir que México dejó una huella enorme en el corazón de este escritor cuando vivió aquí. Le Clézio hizo su servicio como profesor del IFAL, y de entonces data su amistad con la familia Loaeza, ya que doña Lola

fue su mejor alumna, la que nunca faltaba y la que sabía todo de Francia. Este joven y guapísimo profesor iba a comer a casa hasta dos veces a la semana. Era tan querido en México que cuando se marchó, lo hizo con una gran tristeza. Entonces se fue a Panamá, pero México siempre ha estado presente en sus libros maravillosos, en los cuales habla de Frida Kahlo y Diego Rivera, del Chilam Balam y de Michoacán. Uno de sus libros trata sobre la conquista de Michoacán realizada por los españoles. Dice Le Clézio que gracias a dos historia-

dores mexicanos, Luis González y Francisco Miranda, pudo acercarse a la historia de ese estado y, especialmente, a un texto llamado *Relación de Michoacán*, escrito en el siglo 16. No es de extrañar que muchos de sus libros se los haya dedicado a nuestro país.

Debo decirles que uno de mis libros favoritos de Le Clézio es *El africano* (2004). Este libro, publicado por Adriana Hidalgo Editora, son las memorias del tiempo que pasó en Nigeria. Jean-Marie tenía entonces 8 años e iba al reencuentro de su padre, un médico que tenía muchos años de vivir en ese país. Aunque el novelista nació en Niza, sus padres lo concibieron en Camerún, sólo que al comenzar la Segunda Guerra Mundial, su padre quedó incomunicado, sin saber nada de su familia. Tu vieron que pasar ocho años para que el pequeño Jean-Marie se reencontrara con su padre. Al inicio de *El africano*, escribe: "Más o menos a los 8 años viví en la África occidental, en Nigeria, en una región bastante aislada donde, fuera de mi madre y de mi padre, no había europeos y, para el niño que yo era, toda la humanidad se componía únicamente de ibos y de yorubas".

Fue entonces que se encontró con su padre, ese señor que había nacido en la Isla Mauricio y que luego fue médico en las Guayanas y Camerún. Ese desconocido para Jean-Marie, su padre, era sobre todo un decepcionado de Europa. El padre era un hombre que odiaba la actitud colonialista y presuntuosa de los europeos, la injusticia con la que trataban a sus colonias y sus cocotes llenos de fatuidad, así como sus partidos de golf, pero, sobre todo, su profunda hipocresía. A este padre un poco amargado al que conoció cuando su madre finalmente pudo viajar con sus dos hijos a Nigeria. Pero leamos cómo describe Le Clézio este momento: "El hombre con el que me encontré en 1948, cuando yo tenía 8 años, estaba desgastado, envejecido prematuramente por el clima ecuatorial, se había vuelto irritable debido a la teofilina que tomaba para luchar contra sus crisis de asma, y la so-

ledad lo había amargado por haber vivido todos los años de la guerra apartado del mundo, sin noticias de su familia".

Jean-Marie descubrió un país casi deshabitado, lleno de insectos y un calor que no le afectaba ni lo absoluto. "Ese calor ni siquiera quedó inscrito en mis recuerdos", diría muchos años después. Nunca como entonces había sido libre, libre de una manera absoluta. En el Sur de Francia todo era triste y desesperanzado a causa de la guerra. En cambio, África estaba tan lejos, que Europa bien podía parecer un sueño. Lo que más lo impresionó fueron los insectos, completamente temibles y poco comunes. En ninguna ciudad se podría encontrar las terminas, los escorpiones y las cucarachas que había en África. De ahí que le pareciera que los insectos eran los verdaderos dueños de Nigeria. Leamos este pasaje tan sorprendente acerca de una madre escorpión, a la cual el padre del novelista le prende fuego: "Por una razón que ignoro, el fuego primero prendió alrededor del animal, formando un círculo de llamas azules, y la hembra escorpión se detuvo en una postura trágica, con las pinzas alzadas hacia el cielo, el cuerpo tirante, y alzó por encima de sus hijos su aguijón de veneno en la punta de la glándula perfectamente visible. Un segundo chorro de alcohol la abrasó de golpe. Todo esto no pudo durar más de unos segundos, y sin embargo, tengo la impresión de haber estado mucho tiempo mirando su muerte".

Uno de los aspectos más bonitos de este libro maravilloso es que se trata de una reconciliación con su pasado, porque descubre que su padre era en realidad un africano, y que él también lo es. Y lo que aprendemos junto con él es que la memoria de un escritor es también la memoria de un tiempo. Como escribe Le Clézio: "Esa memoria no es sólo la mía... La memoria de las esperanzas y de las angustias de mi padre, su soledad, su desamparo en Ogoja".

Qué fantástico escritor, que es también una memoria llena de comprensión y conocimiento.

La Academia Mexicana de la Historia
SEGUNDO DIPLOMADO DE
Historia Universal
EDADES MEDIA Y MODERNA
Del 17 de octubre al 28 de noviembre
Miércoles a las 18:00 hrs

Las conferencias se impartirán en la Academia Mexicana de la Historia
Plaza Carlos Pacheco no. 21, entre Balderas y Revillagigedo
(o una cuadra de la Ciudadela)
Amigos de la Academia: \$900, estudiantes, maestros y adultos mayores
con credencial: \$900, público en general: \$1,100.
Se otorgará constancia con el 80% de asistencia.
Informes a los teléfonos: 5521 6653 y 5518 2908
acadmexhistoria@prodigy.net.mx

CONACULTA
www.acadmexhistoria.org.mx

PROGRAMACIÓN DE LA SERIE
El Colegio Nacional

El Colegio Nacional

Suprema Corte de Justicia de la Nación

Octubre

FRANCISCO BOLIVAR ZAPATA
14 Octubre, 22:00 hrs.
18 Octubre, 21:30 hrs.
Retransmisión

LEOPOLDO GARCÍA-COLÍN
28 Octubre, 22:00 hrs.
1 Noviembre, 21:30 hrs.
Retransmisión

LINDA ROSA MANZANILLA
21 Octubre, 22:00 hrs.
25 Octubre, 21:30 hrs.
Retransmisión

CANAL JUDICIAL

http://209.59.178.192/transmisionenvivo/video.html
facebook.com/colegionacional.mx facebook.com/canaljudicial
639 Sky • 731 Dish • 112 Cablevisión

954 Suplemento Cultural "El Ángel" COORDINACIÓN EDITORIAL: Homero Fernández - SUBDIRECTOR GRÁFICO: Ricardo del Castillo - CONSEJO EDITORIAL: Christopher Domínguez Michael y Sergio González Rodríguez

EDITORIA: Beatriz De León Lugo - COEDITOR: Jesús Pacheco - COORDINADORA GRÁFICA: Alicia Kobayashi
COEDITORIA GRÁFICA TITULAR: Andrea Padilla - TELÉFONO: 5628 7254. E-MAIL: elangel@reforma.com.
PÁGINA DE INTERNET: www.reforma.com/elangel.
La redacción no se hace responsable por material no solicitado. Los títulos y subtítulos son de la redacción.